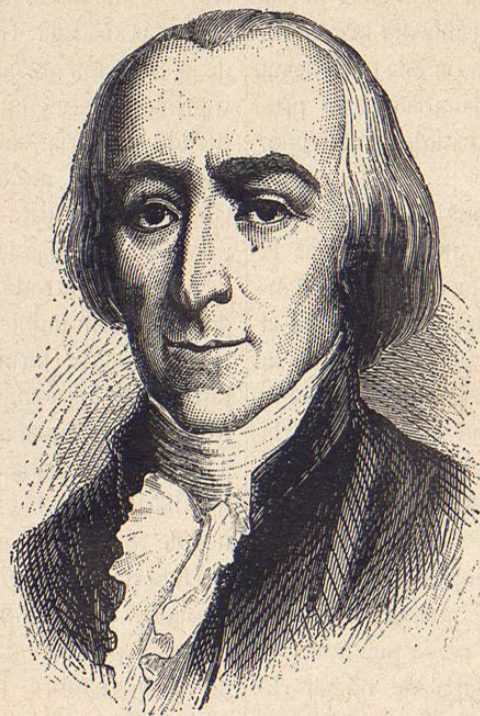


quiera; pero el legislador sería un insensato si adoptase tal sistema. El ateísmo es aristocrático. La idea de un gran Sér que vela por la inocencia oprimida y castiga al crimen triunfante, es una idea popular. El pueblo francés no es afecto ni á los curas, ni á la superstición, ni á las ceremonias religiosas, pero lo es á la idea de una potencia incomprensible, espanto del crimen y sostén de la virtud. Y Robespierre terminaba formulando su terrible denuncia. Es necesario un espurgo en la sociedad de los Jacobi-



ROLAND

poner á ella término. El 26 de Noviembre pedía el gran orador que acabaran de una vez las mascaradas anti-religiosas, «pues que si la Convención no quería honrar al sacerdote del fanatismo, tampoco quería honrar al sacerdote de la incredulidad.» En su consecuencia pidió á los comités un informe sobre lo que se llamaba conspiración del extranjero, y propuso que se instituyeran fiestas para que la nación pudiera ofrecer «sus homenajes al Sér Supremo, al Señor de la naturaleza, pues no hemos querido aniquilar la superstición para establecer el reinado del ateísmo.»

Las proposiciones de Danton fueron aprobadas, y Hebert y Chaumette al ver que marchaban de acuerdo contra ellos Danton y Robespierre, se asustaron, dieron sus excusas, en dos palabras, cantaron la palinodia.

Danton acababa de conseguir un triunfo cuando no había hecho más que reaparecer en la Conven-

ción. El atleta no había perdido en el retiro sus fuerzas, y al volver á la arena, volvía tan poderoso como en el momento mismo en que la abandonó. Retiróse Danton cuando vió al terror desencadenarse por todos lados y sin medios para contenerlo, y allí en su modestísima casa de Arcis sur l'Aube recibió con lágrimas en los ojos la noticia de la ejecución de los girondinos. Al oírles tachar de facciosos exclamó: «sí, lo eran, aún lo somos todos, y todos merecemos la muerte. Todos sufriremos la misma suerte, unos tras otros.» Poseído de esta convicción se arrancó de los brazos de su anciana madre, de su esposa y de sus hijos, con el valor y la resignación de un mártir, bien convencido de que no había de volver á verles jamás, y regresó á París resuelto á poner término al terror y á conseguir la paz. Robespierre, pues, sabía perfectamente en donde estaban los moderados.

Cuando Danton toma de nuevo asiento en la

nos, pues hay una facción extranjera que procura deshonorar la revolución.»

Hebert quedó aterrado, pero Chaumette resolvió continuar la lucha en el campo de la acción. Dos días después, Chaumette hacía decretar por la Comuna el cierre de todos los edificios consagrados á los cultos protestante y católico, y la prisión de quien quiera que fuera que pidiera que volvieran abrirse.

Esto pareció ya demasiado y Danton resolvió

Convención, ésta estaba engolfada en la discusión de la Memoria de Billaud-Varennes sobre el estado de la república en el interior que leyó el 18 de Noviembre. Billaud proponía como conclusión la organización de un gobierno fuerte y capaz de asegurar la ejecución de las leyes y estirpar el espíritu federalista, al efecto ponía á todos los cuerpos constituidos y á todos los funcionarios bajo la inspección de los dos Comités de salvación pública y de seguridad general, á saber, al primero para todo lo relativo á la cuestión pública, al segundo para todo lo que hacía referencia á las personas y á la policía.

Anulábase, pues, completamente al consejo de ministros por este proyecto, y se anulaba también á la Comuna, pues aún cuando hacía ya dos meses que se había decretado que las secciones de París no se entendieran para nada con la Comuna sino con el Comité de seguridad, esto no se había cumplido, y ahora iba á recibir la idea una sanción constitucional que había de asegurarse ampliamente.

Prohibían á las autoridades subordinadas dirigir alocuciones, ni interpretar ni comentar las leyes, y se prohibía también á los ministros, lo mismo que á los representantes en misión, el que pudiesen in-



VALAZE

vestir á nadie de autoridad alguna. Preservaban todavía á los representantes la facultad de suspender los generales, pero ya sólo provisionalmente y teniendo que dar de ello cuenta al Comité de salvación pública dentro de las veinticuatro horas siguientes, prohibiéndoseles además toda correspondencia directa con la Convención. En suma, los representantes quedaban subordinados á los comités, y su especial al de salvación pública.

A la sazón el comité estaba dividido en tres grupos. El de los ultra-terroristas la formaban Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y Barere. El de la defensa nacional, compuesto de Carnot, Prieur de la Costa de Oro, Lindet y Jean-Bon-Saint-André, constantemente en misión en los puertos para reorganizar la marina del tremendo golpe que recibió en Tolon. El tercer grupo que el pueblo llamaba «el de los hombres de la alta mano» lo formaban, Robespierre, Saint-Just y Couthon.

«Lo que estos espíritus tenían de común, dice

Martín, con ser tan diferentes entre sí, era su extraordinaria actividad, su absorción total en la obra de la revolución, tal como la entendían cada uno á su manera, y también su desinterés para las cuestiones de dinero; habíanse prohibido completamente y por voluntad expresa todo manejo de los caudales públicos, separando al efecto la tesorería del comité, de modo que ni la más ligera sospecha fuera posible. Los temibles dominadores de Francia y vencedores de Europa, vivían casi todos más modestamente que el último empleado de sus oficinas. Los peores, Billaud y Collot, eran fanáticos, no corrompidos, odiosos, pero no despreciables. No eran hombres comunes. Billaud, que tenía la principal parte en la correspondencia con los departamentos, era un trabajador prodigioso, y la febril exaltación de Collot, tan funesta á Lyon, se empleó á menudo útilmente.

»Barere se había unido á los terroristas por miedo, por apasionamiento, tal vez sobre todo por la

vanidad de convertirse en el primer hombre de Estado del partido más violento; tenía algunas cualidades para desempeñar ese papel: una maravillosa facilidad para el trabajo, aptitudes varias y una brillante elocución que hacía muy populares sus informes á la Convención sobre la guerra. Los soldados daban á estos informes el nombre de «Carmagnoles.» Un informe de Barere era para ellos el premio de una victoria. Al correr al asalto de una batería, gritaban «¡Barere á la tribuna!» Pero le faltaba la principal de las cualidades, el carácter.

»En cuanto á los hombres *de la hante main*, Robespierre, tan gran táctico en las asambleas, entendía muy poco de los negocios públicos, y Saint-Just por lo contrario era un hombre de acción, pero de una altanería irritante. La presión imperiosa que ejercían estos hombres, ofendía á sus colegas; pero los grandes organizadores, que apreciaban los servicios hasta de los terroristas, comprendían perfectamente, que la popularidad de Robespierre entre los clubs y comités revolucionarios ayudaba poderosamente á obtener los recursos para la guerra.

»... Los organizadores Carnot y los otros, tenían la convicción de que la salvación pública exigía la conservación del gobierno revolucionario, es decir, la concentración de todas las fuerzas en manos del comité. A ningún precio querían romper la unidad del comité. Esto les llevó á terribles concesiones. Eran hombres justos y humanos, é individualmente salvaron á su alrededor las más de las gentes que pudieron, pero conllevaron la solidaridad del terror en general. En el comité combatían las medidas terroristas, pero las suscribían cuando reunían mayoría. A menudo su nombre aparecía al pié de disposiciones particulares que no conocían, y esto se hacía en virtud de un acuerdo entre los miembros del comité; entre sí habían convenido que cada uno de ellos sería poco más ó menos soberano en los asuntos especiales de su dirección.»

La unidad del Comité de salvación pública le daba una fuerza tan grande que pudo atreverse á amenazar, como hemos visto, á la Comuna; ahora bien, las amenazas del comité tardaban poco en convertirse en sentencias de muerte. Esto lo sabían bien los hombres de la Comuna, y Chaumette que tenía más talento que todos sus colegas juntos creyó con razón que, dadas las circunstancias, no le quedaba más recurso que vencer ó ser vencido.

Vencida la Comuna en el terreno de las reformas sociales quiso tomar el desquite en el de las reformas políticas, que en verdad eran para ella cuestión de vida ó muerte, pues si se le arrebataban las

secciones quedaba á disposición del Comité de salvación pública de cuya actitud y proyectos bastante habíale dicho Robespierre. Así, Chaumette, dirigió un acalorado llamamiento á las secciones, las convocó para el 4 de Diciembre con oculto propósito, porque en este día se debía aprobar el proyecto de ley de Billaud, pero la Convención que sentía apoyada por el comité que estaba dispuesto á resistir, principió por anular la convocación de las secciones y acabó para aprobar la ley de Billaud. Hebert y Chaumette estaban vencidos.

Cuando los departamentos vieron la sección parisiense contra los hebertistas, se pusieron en contra de éstos y fué en Nevers, en donde se había llegado ya muy adelante por obra de Fouche, en donde la reacción provincial principió á destruir la obra de Chaumette, pues se declaró allí solemnemente que el culto de la razón no era, ni podía ser otro que el del Sér Supremo.

Esto dió pié á Robespierre para que el día 5 de Diciembre pidiera á la Convención que diera un manifiesto refutando las acusaciones de los reyes de Europa en las que se presentaba al pueblo francés como gente «sin fe ni ley,» y de aquí tomaba pié para ir abultando aquella conspiración extranjera para deshonorar la revolución sobre la que Danton, como ya hemos visto, había pedido dictamen al comité.

Viendo, pues, el comité que la Convención le seguía, al día siguiente, 6 de Diciembre, Barere, nada menos que apoyado por Cambon, pedía que la Convención reprimiera enérgicamente toda violencia contra la libertad de cultos, y la Convención accedió, y ¿cómo no, si unidos Danton y Robespierre, la fracción intransigente se quedaba sin una voz para defenderse?

Danton, á lo menos aparentemente, estaba más que al lado de Robespierre, debajo de Robespierre.

Habíase ido verificando en los Jacobinos la purificación de la sociedad conforme se había acordado y hemos dicho, y el día 3 de Diciembre le tocó á Danton su turno, y mal le hubiera ido, si Robespierre no hubiese tomado de una manera calurosa y sincera la defensa de Danton. Este no fué rayado, pero tenía que sufrir la supremacía de su rival.

Todavía Robespierre y Danton quisieron unirse para su campaña contra los hebertistas, al tan querido Camilo Desmoulins cuya pluma no tenía rival. Camilo publicó el día 5 de Diciembre el primer número de *El Antiguo Cordelero* en el que se lamentaba que los *cordeliers* hubiesen degenerado tanto que de las manos de Danton hubiesen pasado á las de He-

bert; Camilo, pues, iba á desempeñar en el proceso que se preparaba, un papel análogo al que había representado contra los girondinos, sólo que esta vez iba á gastar su elocuencia y su patriotismo en beneficio de la buena causa.

Camilo publicó el segundo número de su diario el 10 de Diciembre y le sirvió de tesis lo que Robespierre desenvolvió en su Memoria del 17 de Noviembre, las exageraciones que deshonran la república. Pero ya aleccionado por la experiencia Camilo, no acusa á Cloutz y Chaumette de estar vendidos al extranjero, sino de servir sus fines con sus exageraciones. Inútil decir que Desmoulins confundiendo á Cloutz con Chaumette hacía pagar al primero culpas del segundo. Pero Robespierre lo había dicho ó hecho decir por el mencionado manifiesto de la Convención, la república no es atea, bajo los auspicios del Sér Supremo publicó su declaración de derechos, «pero el pueblo francés condena el filosofismo al igual del fanatismo,» y en efecto, Cloutz y Chaumette representaban por orden el filosofismo y el fanatismo.

Preparado ya el terreno, Robespierre atacó el día 12 en los Jacobinos al pobre Cloutz á quien hizo un crimen de ser extranjero, acusándole formalmente de traición. Cloutz que recientemente había sido elegido presidente de los jacobinos, quedó tan cortado por la salida de Robespierre que no pudo articular palabra alguna en su defensa. Convicto fué desde luego rayado de la lista de socios de la famosa sociedad.

Tres días después publicaba Camilo el tercer número de su diario, pero esta vez el gran periodista lo publicaba íntegro bajo su inspiración.

París estaba consternado por lo que se había dicho sobre lo que ocurría en Nantes y Lyon, y Camilo se constituyó en órgano de su dolor. Bajo el pretexto de explicar el terrorismo de los emperadores romanos, caía á fondo sobre el terrorismo del día, no sin que cubriera de elogios al Comité de salvación pública, el tribunal revolucionario y al mismo Robespierre, pero el estigma de la humanidad que lanzaba sobre los emperadores romanos lo sentían sobre sí los miembros del comité más directamente comprometidos con el terror.

Casual ó intencionalmente, Camilo había publicado su número que tan grande efecto había causado en la opinión, el mismo día en que la Convención había de decidir sobre la renovación del Comité de salvación pública, en cuya tarea andaba metido Fabre de Englantine, dantoniano convencido, y cuya renovación apoyaba el mismo Lindet en el seno del Comité.

Robespierre vió en todo esto una tremenda conspiración contra su autoridad y prestigio, y aceptando la lucha con sus adversarios al día siguiente, hizo combatir la idea de la renovación. La Convención cedió, pero es justo decir que quien decidió á la Asamblea fué un hombre del centro, Cambaceres.

Fuerte con su autoridad, el comité resolvió marchar intrépidamente adelante, procurando dar satisfacción á los dantonistas, esto es, á los que se quejaban y reclamaban de tanta exageración y de tanta falta de orden. A éstos se trató de apaciguarlos sacrificándoles los hebertistas, quienes habían llamado á París al general Ronsin para restablecer su prestigio, y tan convencido estaba éste de su popularidad y de la de los suyos, que se perdió y los perdió haciendo fijar una proclama aun antes de su llegada á París llena de atroces amenazas. La Convención le contestó haciéndoles prender el día 17 de Diciembre, junto con Vincent, otro energúmeno de su especie que Bouchotte tenía en el ministerio de la guerra y en donde no era más que el corre, ve y dile de los hebertistas.

Causó tan excelente efecto en la opinión esta medida por lo que preludiva, que al otro día se presentó en la Convención multitud de mujeres á pedir que se pusiera en libertad á sus padres, maridos ó hermanos presos por «sospechosos,» y por orden de los seides de la Comuna; y por orden de ésta Robespierre procuró darles satisfacción, haciendo que se nombrara una Comisión secreta encargada de poner en libertad á los patriotas encarcelados por error.

Estas concesiones alentaron á Camilo á empujar más y más á Robespierre por las vías de la clemencia, que no eran precisamente las de Robespierre, pues éste había creado la Comisión de revisión, no para que fuera demente, sino para que fuera justiciera.

Desmoulins lanzó en la misma noche en que parecía al fin lucir para la revolución la antorcha de la paz su celeberrimo cuarto número del *El Antiguo Cordelero*, que iba á limpiar á Camilo de todas sus faltas y errores, que iba á valerle la absolución de la humanidad en vista de su arrepentimiento.

«Reconócese, decía Camilo, que el estado presente no es el de la libertad; se nos dice que tengamos paciencia, y que llegará un día en que seremos libres. ¿Es que se cree que la libertad como la infancia, tiene necesidad de pasar por los gritos y las lágrimas para llegar á la edad madura? La libertad no tiene ni vejez, ni infancia. La libertad no es una actriz de la ópera paseada con un gorro colorado: